

¿Poesía ingenua o sentimental?

Alejandro García

la poesía se levanta como un clavel en las heridas del hombre,
para recordarle que la vida sigue rumbo hacia el amanecer,
y los pueblos puedan liberarse de los espejos,
aprendan a soplar las nieblas del cielo,
desanudar el viento,
abrir los guijarros ateridos de polvo y miedo,
y el amor suba y trascienda los muros del desencanto
y los libros dejen de ser adornos
en las bibliotecas muertas.

Edgardo Alarcón Romero

La naturaleza ha concedido al poeta ingenuo el don de obrar siempre como unidad indivisa, de ser en todo instante un todo autónomo y completo, y representar al hombre en su realidad, de acuerdo con su pleno contenido. Al sentimental le ha conferido el poder, o más bien le ha impuesto el vivo impulso, de reconstituir por sí mismo aquella unidad que la abstracción había anulado en él; de completar en sí la humanidad, y de transportarse de un estado de limitación a otro de infinitud.

Friedrich Schiller

I

Los manzanos

Se inclinaron de miedo
Al sentir rechinar la muerte en sus estambres,
La respiración de la muerte en sus cuerpos desnudos,
Profundas zanjás de ausencia en sus pezones dormidos
Como una cruz flotando en sus huesos fríos

Edgardo Alarcón Romero

Desde mi sillón, en mi estudio, nunca en cuclillas, confortablemente, termino de leer *Sentado en la acera* (1977-2009) (Santiago, 2022, Chequendemu/ Corporación Cultural de Curicó, 74 pp.) del poeta chileno Edgardo Alarcón Romero (Sausal, Maule, 1960).



Edgardo Alarcón Romero,
Sentado en la acera (1977-
2009), Chequendemu/
Corporación Cultural de
Curicó, Santiago, 2022

Viene acompañado de un brillante artículo-prólogo: “*Las palabras y las vivencias*” en la *poesía de Edgardo Alarcón*, escrito por Osvaldo Maya Cortés, que nos da unas guías, siempre respetando el camino de libre arbitrio del lector, para la lectura de estos 33 poemas, cifra provocadora, insidiosa, distractora, que también es como una escalera para los años que comprende el repertorio de poemas y que coincide con la edad de Cristo, aunque aquí hablemos desde el 77 de la centuria veinte hasta el nueve del siglo veintiuno. Algunos otros misterios encerraran los dobles tres, por lo pronto habrá que dejarlos en paz.

En el libro hay un acercamiento a la naturaleza provocado por el hombre, es decir por la naturaleza humana: a la infancia, a la vejez, al hombre que hace y crea, que piensa y signa, sea alfarero, sea pintor, sea poeta, sea el descalzo que desde la acera ve pasar el mundo que corre y, a la vez, lo sostiene, el hombre bueno que eleva una oración contra la barbarie mientras una bala perdida le atraviesa el cerebro, sean las calles con sus entradas a nuevas heridas, sea la ciudad con su complejidad laberíntica.

La naturaleza se humaniza, tiene dedos; el manzano exhibe sus pezones; el árbol se animaliza o se torna angelical, le salen alas; el hombre se naturaliza, se hace tierra y de allí brota el río, también brota un río de un cántaro de arcilla o de uno reparado por el alfarero, el río que desatará lo mismo el sueño que la vida en movimiento desesclerotizada.

Entonces es que en el centro está la herida y al alfarero suelen importarle más los cántaros rotos, también heridos, que los que amasará con nueva greda. A todo lo ronda la muerte, la soledad, la falta de sentido, lo mismo en el estático cementerio que en el flotante ataúd, es la condición de la nada que amenaza con avanzar, la misma que se palpa en las pobres imágenes de los espejos. La vida ha sido arrebatada, pero en la herida está la posibilidad de reencontrar el camino, de saber el lugar dentro de esa geografía que el hombre vive, sueña o reinventa.

II

No entienden
por qué los muertos florecen en los campos,
se levantan trigales de sus heridas
que llevarán un pan tibio a la mesa,
de sus huesos nacen lilas que preservan el olor de su familia
Edgardo Alarcón Romero

En realidad hay que escaparse un poco de esta primera y apretada lectura, que amenaza con convertir la poesía de Alarcón Romero en un retratamiento de la tradición, con especial desventaja frente a la poesía urbana y contenidista. Creo que una de las claves las proporciona Osvaldo Maya Cortés cuando remite la poesía de Edgardo Alarcón a William Wordsworth y a esa nueva relación que exigió el romanticismo entre la naturaleza y la naturaleza humana.

Ahora esa renovación parece perdida en el mundo de las novedades recurrentes, pero si algo hicieron los poetas de entre siglos XVIII y XIX fue exigir una resensibilización, un nuevo contacto con la naturaleza. Las proyecciones románticas hacia la historia y la tarea social echaron tierra sobre esta idea que asoma siempre en los momentos de grandes crisis y que nos lleva al hueso mismo de la existencia.

Creo que es importante agregar a la poesía de Wordsworth, la distinción que Friedrich Schiller señaló entre la poesía (y el poeta) ingenua y sentimental. La relación con la naturaleza en el primer caso es genuina, pero es producto de una imagen que se queda fija y que tranquiliza la conciencia. En cambio la poesía sentimental se deslustra de esa imagen preconcebida, arraigada en preceptos morales, en tradiciones o en ideologías y revisa esa relación y la resignifica de múltiples maneras: la naturaleza como la flor, como el animal, como el manzano o el cerezo, como el hombre herido y preocupado, como la ciudad creada y fuera de control.

Recientemente Orhan Pamuk (2010) publicó *El novelista ingenuo y sentimental*. En ese largo ensayo retoma el problema de Schiller y lo aplica a la narrativa. Para él el novelista ingenuo es el narrador nato que poco se provoca por las técnicas o por los alcances de su narración, mientras que el sentimental estaría atento a las técnicas y a las temáticas de lo que escribe. Aquí Pamuk va más hacia la naturaleza de la narrativa, pero no está lejos de lo que empecé líneas arriba. También hace eco del escritor como teórico, como expositor de su ars poética.

La poesía de Edgardo Alarcón Romero se presenta sencilla en algunos de sus poemas, pero en sus versos hay todo una trama de resignificación que va escalando: a las puertas que son la herida y la muerte, su poesía abre el camino del examen y de la sutura en el primer caso, y de la vida que recibe lo muerto al ser nombrado en el segundo.

Ante la naturaleza del poeta ingenuo, la imagen paternalista o determinista de la naturaleza se desdibuja, se torna líquida y exige ser nuevamente nombrada. Esa sensación frente a la rosa, el manzano, la tierra y el río, nos limpia, nos exige desocuparnos, como dijera Cervantes al lector, entrar inocentes y plenos al verso, al poema, a poner el nuevo significado. De allí que la naturaleza se ramifique y forme un nuevo todo, más conforme a las identidades del lector, si bien las señales la ha inscrito el poeta.

Cada generación, cada grupo social, cada hombre, debe hacer esta labor desocupadora y resignificadora de lo inmediato y de lo más amplio. La lectura adquiere todavía mayor fuerza en momentos en que la crisis ambiental del planeta avanza a pasos generalizados. Desde la relación con los zapatos viejos, con el rumor de calles, el eco de las palabras sanguinarias, el manejo político de lo grande y lo pequeño, el manoseo ideológico de las grandes causas. Los espejos, la geografía que es mía y me es arrebatada, el sueño que se escurre.

III

Los espejos

le están robando la belleza a la vida:
rostros sin sueños son devorados por la vanidad,
gente que va a viene en busca de objetos sin sentido:
[...]

Un perro vagabundo
por un instante se detiene a mirarme
mueve su cola y se aleja entre la muchedumbre

Edgardo Alarcón Romero

La defensa de la naturaleza pasó a la retaguardia de la poesía sentimental, hubo mejor lugar para las héroes y para las condiciones sociales. Sólo que el siglo XX bañó en sangre los grandes lemas y arruinó las vidas, los medios y el fin, la prueba de fuego de la inteligencia y el desarrollo. La naturaleza llama a ser reconsiderada libre de retórica y utilización, a restablecer el vínculo. El poeta es, en parte, quien lo hace posible. Ya lo dice Alarcón: “la herida”.

El maltrato ha tenido tiempo para todos los rangos de la existencia. Ha abatido al ambiente, ha endurecido el maltrato animal, igual que a nuestra especie. Es el abuso de un poder misérrimo; pero también hay que decirlo el maltrato animal a veces viene de los benefactores de dicho, cuando todo es ancilar al gran dominio y al beneficio personal.

Creo percibir algo más en esta obra de Edgardo Alarcón Romero y tiene que ver con la labor fundacional de la poesía. Los románticos refundaron la relación con la naturaleza en los inicios de la Modernidad. Orhan Pamuk es un refundador de la literatura turca, pensando sobre todo en Occidente. Qué decir de un poeta chileno que desafía con su voz toda una serie de voces fundacionales: Mistral, Huidobro, Neruda, De Rokha, Parra... El alfarero, el poeta de Curicó, el hombre *Sentado en la acera* no se arredra, va al origen, a la naturaleza, a la palabra, a la resignificación que no se agotado por los otros, que no se sujeta a la ley de la evolución y mucho menos a la ley de que la última es la mejor obra o que la otra invalida a quien deposita la letra y el corazón en la tierra.. Edgardo labra, amasa, “aspira ‘a contemplar por dentro la vida’ en su infinita circularidad”.